



LIBRO XVIII.

Muerte de María.

VOLVIA la calma á renacer, y las señales de la ira celeste habian cesado de asombrar á los judíos que acababan de deramar la sangre del Salvador. Como todos los animales feroces, los verdugos de Cristo se habian despojado momentáneamente de sus instintos salvages en la hora del peligro. Espantados, al principio, de lo mismo que habian hecho, temieron que las rocas conmovidas del Calvario no les cogiesen en su caída, y que la tierra no les hiciese descender vivos á las oscuras profundidades del *scheol*; pero sus remordimientos se

desvanecieron con sus temores, y al ver serenarse el cielo, entraron otra vez gradualmente en su naturaleza rencorosa y maligna.

No pudiendo negar los prodigios que un pueblo inmenso había visto con sus propios ojos, y que atestiguaban los flancos entreabiertos de las montañas, las tumbas apenas cerradas y el velo del templo hecho pedazos, los atribuyeron á la magia, y sostuvieron que ese Jesús que aplacaba con una señal los vientos y las olas, no era más que un hijo de Belial que había fascinado al pueblo y mandado á los elementos, ¡gracias al nombre inefable del Dios de Israel, que por sorpresa había arrebatado del Santo de los santos! y el pueblo se dejó engañar por esa mentira ridícula que sus gefes dieron por alimento á su curiosidad; porque no hay absurdo calumnioso que no encuentre oídos crédulos para acogerlo, y lenguas dóciles para referirlo. Entre tanto, una guardia vigilante, escogida entre los satélites del gran sacerdote, velaba armada al rededor del sepulcro; porque Jesús había anunciado que resucitaría glorioso al tercero día, y los príncipes de la Sinagoga afectaban temer que sus discípulos no le arrebatasen durante la noche.

El día tercero empezaba á despuntar, y el oriente se coloreaba apenas, cuando algunas mugeres de Galilea, llevando goma de cedro, mirra, cinamono y otras sustancias aromáticas para embalsamar á Jesús á la manera de los reyes de Judá (2), comparecieron sobre la montaña del suplicio, encaminándose pensativas hácia el jardín en que estaba el sepulcro de Cristo. Según la tradición, María se hallaba entre estas santas mugeres. Su semblante abatido asemejábase á una hermosa ruina ajada por el viento tempestuoso de la adversidad; pero sus miradas no expresaban solamente el dolor, sí que también la esperanza. Jerusalem, la deícida, dormía envuelta entre las nieblas de la mañana; las flores entreabrian sus corolas cargadas de rocío; los pajarillos cantaban suavemente, meciéndose en los húmedos ramos de las higueras silvestres, y habríase dicho que el sol derramaba rubies sobre la bóveda azulada del firmamento; la naturaleza toda parecía revestirse con una alegría extraordinaria, de un brillante ropaje de luz; y el paisaje grandioso, pero sombrío y triste, que rodeaba á

Jerusalem, tomaba una espresion suave y alegre que jamás había tenido hasta entonces, y que parecía anunciar un misterio glorioso, cuyo secreto queria guardar.

De repente, en medio de esa risueña escena, dejóse sentir una especie de sacudimiento. La piedra que cierra el sepulcro rueda sobre sí misma, como empujada por un robusto brazo; los guardias caen semimuertos, el rostro contra el suelo; y las mugeres que no habían abandonado á Jesús en la cruz, palidecen ahora y retroceden, temiendo que van á renovarse los prodigios espantosos que acompañaron la muerte del Hijo del hombre. Pero un Ángel, cuyas vestiduras igualaban en blancura á la nieve de las montañas y cuyo agraciado semblante brillaba como una centella, se sienta encima de la piedra del sepulcro y tranquiliza á las siervas de Jesucristo. "No temáis, les dice con voz apacible; sé que buscáis á Jesús que ha sido crucificado; no está aquí; ha resucitado como lo había predicho; venid y ved el lugar en que colocaron al Señor." Mientras que las piadosas galileas penetraban temblando en el sepulcro, y se maravillaban á la vista del sudario y de las fajas perfumadas de mirra que habían quedado en sus bordes, María, cuya frente radiaba con un gozo inmenso, se había apoyado, á alguna distancia, sobre un antiguo olivo. Un jóven, vestido á la usanza del pueblo, hablaba con ella en voz baja. Aquel jóven era el *primer resucitado de entre los muertos*, el glorioso vencedor del infierno, Jesucristo (3). Nadie ha sabido lo que pasó en esa entrevista solemne; pero puede creerse que María, cuya alma fuerte había experimentado un dolor sobrehumano, sintió entonces un gozo tan grande, que nosotros no podríamos soportar sin morir.

Nuestro Señor, durante los cuarenta días que siguieron á su resurreccion, se dejó ver con frecuencia de los apóstoles, y conversó con ellos de las cosas concernientes al reino de Dios, y de la regeneracion que iba á obrarse entre los hombres por medio del bautismo. Autores piadosos han pretendido que la Virgen finé la más favorecida en esas apariciones consoladoras, y que en ellas participó de antemano de la felicidad de los escogidos. Las aguas amargas de su afliccion cambiáronse en manantiales de gracia, y el Salvador *la alimentó con el*

maná oculto que reservá á los que guardan la paciencia ordenada por su palabra.

Finalmente, llegó la hora en que los decretos divinos llamaban á Cristo al cielo; cumplida estaba su mision redentora, y los Apóstoles, á quienes su resurreccion habia convencido plenamente de su divinidad, habian recibido de él las instrucciones necesarias, para convertir las naciones á su admirable Evangelio.

Hacia la mitad del enadragésimo dia, salió con ellos de Jerusalem, y se dirigió hácia las alturas de Betánia. Esta direccion no se tomó casualmente. Allí estaba ese monte coronado de olivos, donde el Salvador, apartándose de la multitud, habia orado con frecuencia á su Padre á la hora en que la luna silenciosa alumbraba con su claridad de ópalo las aguas plomizas del Mar Muerto, el verde valle del Jordan, y las gigantes palmeras de la llanura de Jericó; logares lejanos, que parecian ostentar á sus piés lo variado de su riqueza. Allí estaba, tambien, ese jardin célebre donde Jesus habia experimentado dolorosamente las primeras ansias de la agonía. Justo era que su gloria comenzase en los mismos lugares en que habian principiado sus generosos sufrimientos, y que esos campos, esos bosques, esas soledades sombrías que habian sido tan frecuentemente testigos de sus meditaciones y de su oracion, recibiesen tambien el sello de los últimos pasos que dió antes de subir al cielo.

Llegado el Salvador á la embre de la alta montaña, desde la cual podia descubrir una gran parte de la Judea, y saludar con un tierno adios los lugares que habia hecho célebres por sus milagros y por su muerte, se detuvo en un espacio libre, á corta distancia de un bosque de olivos que abrian sus espesas ramas á los rayos abrasadores del medio dia, y que fué cortado por los romanos en la época del sitio de Jerusalem. Allí, despues de haber levantado sus manos, penetradas aún con las heridas de los clavos de la cruz, hácia su Padre celestial, como para recomendarle su naciente Iglesia, los bajó sobre María y sobre sus discípulos, como lo hiciera Jacob sobre los hijos de José; despues se elevó por su propia virtud, y subió lentamente hácia los cielos: Este último acto del Salvador selló digna-

mente su mision divina. Durante su vida, *pasaba haciendo bien*; sobre el Calvario, rogó por sus verdugos; y subió al cielo bendiciendo á los humildes amigos que dejaba en la tierra. Y como tuviese aun las manos estendidas sobre sus discípulos prostrados, le vieron entrar en una blanca nube que le ocultó á sus ojos.

La Ascencion de Nuestro Señor nada tuvo de aquel carácter sombrío y terrible que helaba de espanto á los pueblos en los antiguos tiempos. La ley de Moisés habia sido praclamada al sonido de las trompetas, entre el estruendo de los truenos y la siniestra luz de los relámpagos. Elias fué arrebatado al cielo en un carro de fuego; pero el Salvador del mundo lo fué suavemente en medio de una ligera nube, con aquella especie de magestad serena y apacible que conviene al genio del Evangelio, y al tierno carácter de su Autor.

Y los ángeles, esos espíritus benévolos que se regocijan de la felicidad de los hombres, figuraron tambien en esa última escena que desenlazaba el gran drama de la redencion. Sus cánticos divinos habian anunciado á los pastores el nacimiento del Rey Mesías; su voz habia proclamado su resurreccion de entre los muertos: convenia, pues, que sus palabras viniesen á confirmar su Ascension gloriosa.

Hallándose los discípulos atentos en mirar á Jesus cómo subia al cielo, dos jóvenes vestidos de blanco se les presentaron de repente, diciéndoles: "Varones de Galilea, ¿por qué os entreteneis en mirar al cielo? Ese Jesus, que al separarse de vosotros se ha elevado á los cielos, volverá del mismo modo que le habeis visto subir."

Los apóstoles y los discípulos bajaron sus ojos deslumbrados, á la voz de los ángeles. ¿Pero la Virgen los bajó tambien? ¿Fué negado el ver á su divino Hijo tomar majestuosamente su asiento á la derecha de Jehová, en la luz inaccesible de los santos? ¿Fué realmente menos favorecida que san Estévan y el discípulo amado? Esto no es presumible. Aquella que moralmente se habia crucificado con Jesus en el Calvario, merecia ser glorificada con él: este era su derecho, ¡y cuán caro lo habia adquirido! Si; María debió penetrar con su mirada mortal esa region pacífica y bienaventurada, cuya

entrada acababa Jesús de abrirnos con su sangre, y donde enjuga él mismo las lágrimas de los justos (4). En seguida, las puertas de perlas de la Jerusalen celestial (5) volviéronse á cerrar lentamente tras el Dios vencedor; y María, separada por poco tiempo del Hijo que adoraba, se encontró sola sobre la tierra, como una enredadera arrancada del tronco.

Cuarenta días despues la encontramos otra vez orando en el Cenáculo, en donde recibió al Espíritu Santo, en compañía con los apóstoles.

María fué la columna luminosa que guió los primeros pasos de la naciente Iglesia. A ella fué á quien los apóstoles ofrecieron en homenaje las numerosas espigas que arrancaban en el campo estéril de la Sinagoga, para encerrarlas en los graneros del Padre de familias. Ella aceptaba ese tributo en nombre de su Hijo, con una humildad llena de gracia; y se la veía continuamente rodeada de pobres, de infelices y de pecadores: porque amó siempre con predilección aquellos á quienes podía hacer bien. Los Evangelistas venían á pedirle luces; los apóstoles, unción, valor y constancia; los afligidos, consuelos espirituales; los nuevamente convertidos, la fuerza de llevar su cruz á imitación de Jesucristo, y de abandonarlo todo para seguirle: todos la dejaban colmándola de bendiciones. *El Sol de Justicia* se habia ocultado en el sangriento horizonte del Gólgota; pero la *Estrella de los Mares* reflejaba todavía sus mas suaves rayos sobre el mundo renovado, y derramaba sus benignas influencias sobre la cuna del cristianismo.

La santa Virgen permaneció en Jerusalem hasta que la terrible persecucion que estalló contra los cristianos en el año 44 de Nuestro Señor, la obligó á salir de allí con los apóstoles. Su hijo adoptivo la llevó entonces á Efeso, á donde Magdalena quiso seguirla. Esos nobles corazones se habian enlazado al pié de la cruz con cadenas de diamante, que solo la muerte pudo romper, y que se han vuelto á anudar en el cielo.

Ninguna noticia nos ha quedado de la permanencia de María en Efeso, y este vacío se explica facilmente por las circunstancias de aquella época. Despues de la resurreccion del Salvador, los apóstoles, únicamente ocupados en la propagacion

de la fé, consideraban como cosas secundarias todo lo que no entraba de un modo directo y notorio en un interés que absorbía todos los demas. Llenos de su noble y grandiosa mision, consagrados enteramente á la salvacion de las almas, se olvidaron de sí mismos en tanto grado, que apenas nos han dejado un pequeño número de documentos incompletos acerca de los trabajos evangélicos que cambiaron la faz del mundo; de manera que su historia se parece á un epitafio sublime, pero casi borrado, que no tiene principio ni fin. Que la Madre de Jesús haya seguido la suerte de los apóstoles, es fácil concebirlo. Habiendo pasado los últimos años de su vida lejos de Jerusalem, en un pais extranjero, en que su permanencia no se señaló con ningun hecho notable, no ofrecen otra cosa que una superficie plana que no ha dejado vestigio alguno durable en la memoria fugitiva de los hombres; sin embargo, el estado floreciente de la iglesia de Efeso, su tierna devocion á María, y los elogios que san Pablo tributa á su piedad, indican bastantemente los cuidados saludables de la Virgen, y las bendiciones divinas que la acompañaban á donde iba. *La Rosa de Jesús* dejó un poco de sus perfumes en el aire; y este vestigio, por leve que sea, es una revelacion preciosa de su paso.

Las costas del Asia Menor, sembradas de ciudades opulentas, ricas de una vegetacion admirable, y bañadas por un mar sureado en todas direcciones por una multitud de buques, hubieran parecido á unos desterrados vulgares una espléndida recompensa por las altas y estériles montañas de la Palestina. Dudoso es que así lo juzgase la Virgen de Nazareth: ¡los pasos del Hombre-Dios no habian santificado esa tierra encantadora, y los sepulcros de sus padres no existian allí!...

¡Cuántas veces, sentadas bajo la sombra de un plátano á la orilla de ese hermoso mar Icaro, cuyas olas venian á estrellarse al pié de los arrayanes sobre una estrecha faja de arena, María y Magdalena, siguiendo con la vista una galera griega que dirigía su proa hácia la Siria, escitaron los recuerdos de su pais natal! Volvian entonces á su memoria las nieves inmaculadas del Líbano, las cumbres azuladas del Carmelo, y las aguas movedizas del lago de Tiberíades: los sitios de la patria ausente, embellecidos por la distancia, pasaron sucesivamente

por su imaginacion, y les parecian mil veces preferibles á esa blanda y risueña Jonia, que era en efecto, con respecto á la tierra de Jehová, lo que la lira de Anacreonte es al de la arpa de David.

Durante su permanencia en Efeso fué cuando María perdió la fiel compañera que, á imitacion de Ruth, habia abandonado á su pais y su pueblo para seguirla mas allá de los mares. Magdalena murió, y María la lloró como Jesus habia llorado á Lázaro (6).

De todos sus lazos de afeccion y de parentesco, nada mas le quedaba á la Virgen que san Juan, el bueno y amable discípulo á quien su Hijo agonizante la habia encomendado. Ella le siguió, segun se cree, en sus viages; y fué sin duda, en sus conversaciones con la Reina de los profetas, donde san Juan perfeccionó la ciencia maravillosa que en su Evangelio despliega. Ayudado de las luces de Aquella que los padres han comparado al candelero de oro de siete brazos, el joven pescador de Betsáida penetró mas que nadie en el misterio incomprensible de la esencia increada del Verbo, y su pensamiento se elevó con un vuelo tan atrevido hácia las alturas místicas del cielo, que á su lado los demas Evangelistas, por perfectos ó inspirados que sean, apenas parece que rozan con la tierra (7).

Entre tanto, los sembradores de Cristo habian sembrado el buen grano de la palabra santa por todos los puntos del mundo romano; la cosecha evangélica estaba en todo su verdor, y los obreros del Padre de familias trabajaban con ardor en el campo sagrado. María juzgó que su mision sobre la tierra estaba cumplida, y que la Iglesia podia en adelante sostenerse con sus propias fuerzas. Entonces, como una segadora fatigada que busca la sombra y el descanso en inedio del dia, ella empezó á suspirar por las hermosas sombras del árbol de la vida que crece cerca el trono del Señor, y por las aguas vivas y santificantes que le riegan (8). Aquel que sondea los mas ocultos repliegues del alma, sorprendió este deseo en el corazon de su Madre; y el Angel que se mantiene á su derecha, vino á participar á la futura Reina del cielo que su Hijo la habia oido (9).

En esta revelacion divina, en que se la comunicó, segun

san Niceforo, el dia y hora de su muerte, la hija de Abraham sintió despertarse poderosamente en su corazon el amor de la patria ausente. María quiso visitar otra vez las altas montañas de la Judea, donde estaban aun palpitantes los recuerdos de la redencion, y morir á la vista del Calvario, donde Jesus habia exhalado su último suspiro. San Juan, para quien sus menores deseos habian sido siempre órdenes, hizo inmediatamente los preparativos del viage, para volver á la Palestina.

Los viajeros hebreos se embarcaron probablemente en Mileto, cuyo puerto famoso era el punto de reunion general de las galeras de Europa y de Asia, que navegaban por aquellas aguas. Durante su travesía por los mares de la Grecia, la Virgen y el Evangelista reconocieron á su paso la isla de Chio, cuyo pueblo, que poseyó por largo tiempo el imperio de los mares, introdujo el odioso uso de comprar esclavos, costumbre que el Evangelio iba á abolir lentamente; despues Lesbos, la patria de los poetas líricos, en que los himnos á la Virgen purísima debian suceder á las odas abrasadoras de Safo, y á los cantos mas vigorosos de Alfeo. Al ver esconderse en las nubes la cúpula del templo de Esculapio, que atraía á la isla de Cos un inmenso concurso de extranjeros, la Madre del Salvador de los hombres se acordó de que su divino Hijo era el único que habia tenido sobre la tierra el poder de curar instantaneamente las enfermedades, y de resucitar á los muertos (10). Delos, la cuna de Apolo, Rodas, la de Júpiter, surgieron á su vez del medio de las aguas, con sus montañas esmaltadas de verde y sus antiguos templos poblados de dioses, á quienes debia bien pronto lanzar á los infiernos el Dios crucificado sobre el Gólgota. A alguna distancia de Chipre, divisóse en la region de las nubes un punto negro que se delineaba sobre el azul aterciopelado del cielo; era la montaña en que el profeta Elias habia levantado en los antiguos tiempos un altar á la futura Madre del Salvador, y donde sus discípulos estaban próximos á ponerse bajo su proteccion y socorro. El dia siguiente la galera entraba á fuerza de remos en un puerto de la Siria, Sidon quizá, cuyas relaciones mercantiles eran muy frecuentes con la Palestina, segun nos refieren los sagrados libros.

Así fué como volvieron á ver á Israel, despues de una ausencia de muchos años. María se retiró á la montaña de Sion, á corta distancia del palacio arruinado y desierto de los príncipes de su linage, y á la misma casa que habia sido santificada por la bajada del Espíritu Santo. San Juan entonces fué á buscar á Santiago, pariente de la Virgen y primer obispo de Jerusalem, para participarle, así como á los fieles que componian su iglesia, ya numerosa, que la Madre de Jesus volvia á morir entre ellos.

Era el dia, y habia llegado la hora. Los santos de Jerusalem vieron otra vez á la hija de David, siempre pobre, siempre humilde, siempre bella; porque se hubiera dicho que esta admirable y santa criatura se libraba de la accion destructora del tiempo, y que predestinada desde su nacimiento á una completa y gloriosa inmortalidad, nada en ella debia perecer (11). Con semblante grave, pero no enferma, María recibió á los apóstoles y discípulos recostada en un pequeño lecho de pobre apariencia, acomodado á su trage de muger del pueblo, que nunca habia dejado. Brillaba en su aspecto, lleno de nobleza y de modestia, alguna cosa tan majestuosa y patética que toda la asamblea se deshizo en lágrimas. Solo María permaneció tranquila en este vasto y elevado salon, en que se habian agolpado una multitud de antiguos discípulos y de nuevos cristianos, ansiosos todos de verla y oirla.

La noche habia descendido rápidamente, y unas lámparas de varios mecheros, suspendidas del techo con cadenillas de bronce, parecia derramaban con su blanca luz un no sé qué de misterioso y de solemne sobre aquella reunion triste y silenciosa. Los apóstoles, vivamente conmovidos, estaban de pié en torno del lecho fúnebre. San Pedro, que tanto habia amado al Hijo de Dios durante su vida, contemplaba á la Virgen con un sentimiento de dolor; y su elocuente mirada parecia decir al Obispo de Jerusalem: ¿cuánto se asemeja á Jesucristo! En efecto, la semejanza era admirable (12); y la actitud inclinada de María, que recordaba la del Salvador durante la cena, acababa de completarla. Santiago, que habia recibido de los mismos judíos el renombre de *Justo*, y que sabia dominar sus emociones, devoraba las lágrimas que se asomaban

lentamente al borde de sus párpados. El Príncipe de los apóstoles, hombre franco y de primer movimiento, hallábase profundamente conmovido, y ni aun se cuidaba de disimularlo. San Juan tenia envuelto el rostro con un lienzo de su manto griego; pero sus sollozos le descubrian. No habia en toda la asamblea un corazon que no estuviese partido de dolor, ni un ojo del que no manasen lágrimas. Participando María de la ternura general, y olvidando los esplendores que le aguardaban en lo alto, tomó la palabra con el fin de enjugar las lágrimas que se vertian sobre la tierra, para afirmar á sus hijos en la fé, para implorar sus santas esperanzas y reanimar la caridad. Háblóles con una elocuencia sin igual y profundamente afectuosa, de esas cosas elevadas y sublimes que se escuchan sin respirar, que elevan al hombre sobre sí mismo, haciéndole capaz de comprenderlas. Su dulce palabra, que la Escritura ha comparado poéticamente á un hilo de miel, se hacia gradualmente mas y mas poderosa; la hija de David y Salomon, la profetisa inspirada, que improvisara en otro tiempo el himno de triunfo del *Magnificat*, elevóse á tan altas consideraciones y á reflexiones tan sublimes, que todos se olvidaron, en medio de su arrobamiento, que el cisne cantaba para morir. Empero, aproximábase la hora fatal. María estendió sus manos protectoras sobre los pobres huérfanos que iba á dejar, y alzando sus bellos ojos hácia los astros que brillaban en el firmamento con una magestad serena, vió el cielo abierto y al Hijo del Hombre que le tendia los brazos desde el seno de una nube luminosa, para recibirla en los confines de la eternidad (13). A esa vista, un color sonrosado se esparció por su semblante; sus ojos pintaron todo lo que el amor maternal, el júbilo llevado hasta el arrobamiento y la adoracion infinita pueden espesar, y su alma, dejando sin esfuerzo su bella y vírgen cubierta, cayó dulcemente en el seno de Dios (14).

María no existia ya; pero su semblante, que habia tomado la imagen de un sueño tranquilo, se presentaba tan hermoso á la vista, que se hubiera dicho que la muerte vacilaba en plantar su bandera sobre ese trofeo que solo un dia podia conservar.

Encendióse la lámpara de los difuntos; abriéronse todas las

ventanas, y las suaves brisas del estio penetraron en el aposento con los pálidos rayos de las estrellas. Dícese que una luz maravillosa alumbró la cámara mortuoria en el momento en que María acababa de exhalar el último suspiro; era sin duda la gloria de Dios que rodeaba el alma purísima de la Virgen predestinada. Cuando no quedó duda alguna de la muerte de María, no se oyeron al principio mas que lloros y profundos gemidos; en seguida eleváronse cánticos fúnebres en medio del silencio de la noche; los ángeles los acompañaron con sus sistros de oro (15); y los ecos del palacio arruinado de David los repitieron tristemente á los sepulcros de los reyes de Judá.

El dia siguiente los fieles llevaron con santa profusion los aromas mas preciosos y las telas mas finas, para sepultar á la Reina de las vírgenes. Fué embalsamada, segun los usos de su pueblo; pero sus benditos restos exhalaban un olor mas suave que las cintas perfumadas que los ceñían. Terminados los preparativos del duelo, colocóse á la Madre de Dios en un lecho portátil, lleno de aromas (16); cubrióse la con un velo suntuoso, y los apóstoles reclamaron el honor de llevarla sobre sus hombros hasta el valle de Josafá (17). Los cristianos de Jerusalen, llevando antorchas encendidas y cantando himnos y salmos, siguieron con aire triste y abatido los funerales de María.

Llegado al lugar de la sepultura, paróse el lúgubre acompañamiento. Gracias á los cuidados de las santas mugeres de Jerusalen, el sepulcro se habia despojado de su aspecto sombrío, y la cueva funeraria no presentaba á la vista mas que una cuna de flores (18). Los apóstoles depositaron en ella con todo cuidado el cuerpo de María, derramando al mismo tiempo copiosas lágrimas al encomendársela á la tierra. De todos los panegíricos que se pronunciaron en esta ocasion, el de Hieroteo fué el mas notable. San Dionisio Areopagita, que refiere esta escena como testigo ocular, dice que alabando á la Virgen el orador estaba como fuera de sí mismo (19).

Durante tres dias los apóstoles y los fieles velaron y oraron al pié del sepulcro, en que los conciertos sagrados de los ángeles parecían entonar el último sueño de María (20).

Un apóstol, que volvia de un país lejano y que no se habia hallado presente en la muerte de la Virgen, llegó en este intermedio: era Tomás, aquel que habia puesto su mano en las llagas de su Maestro resucitado. Corria para echar una última mirada y regar con sus lágrimas los frios despojos de la Muger privilegiada que habia llevado en sus castas entrañas al dueño soberano de la naturaleza. Vencidos por sus instancias y sus lágrimas, quitaron los apóstoles la roca que cerraba la entrada del sepulcro; pero no encontraron mas que las flores apenas marchitas, sobre las cuales habia descansado el cuerpo de María, y su blanco sudario de precioso lino de Egipto, que exhalaba un olor celestial. El cuerpo purísimo de la Virgen inmaculada no debia ser presa de los gusanos de la tumba; durante su vida la tierra y el cielo habian tenido parte en la formacion de esta noble y admirable criatura; despues de su muerte, el cielo lo habia tomado y glorificado todo (21).

NOTAS.

FIN DEL TOMO PRIMERO.